A su buen amigo Manuel Juan Garc

El autor

EL BESO DE LA DUQUESA

Sinesio Delgado

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los representantes de las Galerías *Biblioteca lírico-dramática* y *Teatro cómico*, de los Sres. Arregui y Aruej, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL BESO DE LA DUQUESA

ZARZUELA EN UN ACTO

DIVIDIDO EN TRES CUADROS, EN PROSA

ORIGINAL DE

SINESIO DELGADO

Música del maestro

RUPERTO CHAPÍ

REPRESENTADA POR PRIMERA VEZ EN EL TEATRO DE APOLO
EL DÍA 24 DE SEPTIEMBRE DE 1898

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO
Libros depositados en la
Biblioteca Nacional
Procedencia
T. BORRAS
N.º de la procedencia

MADRID
IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado.
1898

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LA DUQUESA DE BÁRCENA.....	Srta. Pino.
MISS ELENA.....	» Moreu.
RAMONA.....	Sra. Torres.
LUIS.....	Sr. Duval.
FERNANDO.....	» Carrión.
YÁÑEZ.....	» Ontiveros.
EL DOCTOR VEGA.....	» Sanjuán.
TOMÁS.....	» Carreras.
ROMUALDO.....	» Ramiro.
DAMIÁN.....	» Ruesga.
UN ARRIERO.....	» Codorniú.

Trabajadores.—Coro general.

La acción en una venta sobre la carretera de Madrid, en el Guadarrama. Época actual, mes de Septiembre. Derecha é izquierda las del actor.

ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

Zaguán de la venta. Al foro puerta grande que da al campo, á través de la cual se ven la carretera y el monte. Junto á ella, y adosada al muro, escalera con pasamanos que conduce al piso superior, cuya puerta se abre en el lienzo de la izquierda y es practicable. A la derecha dos puertas, y entre ellas, un escaño y una mesa de pino. A la izquierda, en primer término, otra puerta pequeña, y en segundo otra más grande que conduce al interior de la posada. Bancos y taburetes de madera, útiles de labranza y arriería repartidos convenientemente. Es de noche. Hay un impermeable basto colgado de una escarpia junto á la escalera.

ESCENA I

CORO (dentro), DAMIÁN, luego RAMONA.

(Mientras canta el coro, Damián sale por la segunda izquierda con cribas y sacos que va dejando en los rincones. Después enciende y coloca un farol grande junto á la puerta de entrada, otro más pequeño entre las dos puertas de la izquierda y un velón sobre la mesa de la derecha.)

Música.

CORO. (Dentro.) Volved á las cabañas,
zagales y pastores,
que no coja al ganado
la noche en el pinar.
Bajad á las aldeas,
corred, trabajadores,

722722

que ya está la tormenta
á punto de estallar.

MUJERES. El bosque entero
se bambolea
del fuerte viento
con el vaivén.
Las lucecitas
de nuestra aldea
ya se ocultaron,
ya no se ven.

HOMBRES. Allá á lo lejos,
en la espadaña,
suenan los toques
de la oración.
Y al escucharlos
en la montaña,
¡cómo me encogen
el corazón!

MUJERES. Que atranquen los miedosos
las puertas de las chozas
y vamos con cuidado
bajando hacia el lugar;
que lleven abrazadas
los mozos á las mozas,
porque si no los truenos
las pueden asustar...

HOMBRES. Corren las nubes
amontonadas,
silba en los montes
el huracán,
ruedan las peñas
por las quebradas...,

MUJERES. ¡Jesús, María!
¡Qué miedo dan!

HOMBRES. Truenan los cielos,
tiembla la tierra.
Cuando con furia
rompe á llover,
hasta parece

que de la sierra
los altos picos
van á caer.

TODOS. (Alejándose.) Volved á las cabañas,
zagales y pastores,
que no coja al ganado
la noche en el pinar.
Bajad á las aldeas,
corred, trabajadores,
que ya está la tormenta
á punto de estallar.

(Al cesar la música sale Ramona por la primera izquierda, con taza y plato.)

Hablado.

RAMONA. (Á Damián, que continúa arreglando las luces.) ¡Hombre! Gracias á Dios que estás de vuelta.

DAMIÁN. Te alegras, ¿eh? Pues más me alegro yo, que creí que me rompía la crisma en el barranco. ¡Recribas con la noche que se prepara!

RAMONA. ¿Avisaste al médico?

DAMIÁN. En su casa estuve; pero se ha marchao á Avila y le pasa lo que á Mambrú, que no sabe cuándo vendrá. Ya se lo he dicho al amo.

RAMONA. Pues la hemos hecho buena, porque el chiquillo se va por la posta, y la madre... ¡figúrate tú! da lástima verla.

DAMIÁN. Y ¿qué se le ha de hacer? ¡Si pudiéramos remediarlo nosotros!

RAMONA. ¿Dónde has puesto las cuatro docenas de huevos?

DAMIÁN. ¡Recribas!

RAMONA. ¿Qué?

DAMIÁN. Que eso es lo que se me ha olvidado. ¡Miá tú! Y no tenía otra cosa en la ca-

beza. Pero no te apures, mujer. Mañana, en cuanto Dios amanezca, los tienes aquí. Echo por el atajo, y en cuatro brincos me pongo en el pueblo.

RAMONA. Si no te se olvida.

DAMIÁN. ¡Quiá! Ahora mismo me hago un nudo.

RAMONA. Al pescuezo debías echártelo.

DAMIÁN. ¡Te ibas á reir mucho luego!

ESCENA II

DICHOS, ROMUALDO.

ROMUALDO. (Saliendo por la segunda izquierda.) ¡Damián!

DAMIÁN. Mande usted.

ROMUALDO. Anda, hombre, anda. Lleva el saco de la cebada, que ese animal de Lucio está graznando en el corral porque dice que su macho tié poco pienso.

DAMIÁN. ¿Poco? ¡No se lo come él en quince días! (Coge un saco y vase por la segunda izquierda.)

ROMUALDO. (Á Ramona.) ¿Has dado el caldo á esa mujer?

RAMONA. Sí, señor.

ROMUALDO. ¿Y qué?

RAMONA. Lo ha tomado á la fuerza, porque está tan afligida la pobre..

ROMUALDO. (Con mucho interés.) ¿Y la criatura?

RAMONA. Mal. Cada vez peor. Se ahoga por momentos.

ROMUALDO. ¡Maldita siá, hombre! ¡Miá en qué ocasión se le ha ocurrido á ese médico marcharse á Avila!

ESCENA III

ROMUALDO, RAMONA, LUIS.

(Luis aparece en la puerta del fondo. Viste modesto traje de caza, morral, escopeta, polainas y sombrero ancho. Trae un conejo en la mano.)

LUIS. Buenas noches.

ROMUALDO. No son muy buenas, no, señor. Pase usté adelante.

LUIS. ¿Habrá en la venta un cuarto donde pasar la noche?

ROMUALDO. Esto no es venta, es parador. ¿No ha visto usté el rótulo de la fachada que da á la carretera? *¡Parador del Lucero!*

LUIS. Dispense usted. Es que no se ve gota. Pero por mí... lo llamaremos fonda, si usted quiere.

ROMUALDO. Pues misté, algunas habrá peores.

LUIS. Muchas. Y ¿por qué le llaman parador del Lucero?

ROMUALDO. Porque el parador es la finca y el Lucero soy yo.

LUIS. Por muchos años.

ROMUALDO. Me llamaba así mi madre cuando era chico, y se me ha quedao el mote.

LUIS. No es mote, es justicia. (Ramona cierra y tranca la puerta del fondo.)

ROMUALDO. Gracias. (¡Hombre! ¡Qué cazador tan fino!)

LUIS. Conque ¿hay un cuarto ó no?

ROMUALDO. ¿Uno? Toos los que usté quiera.

LUIS. Con uno me basta.

(Durante el diálogo se quita los arreos y los entrega á Ramona, que los va dejando junto al escaño, y se sacude el sombrero, que está lleno de agua.)

ROMUALDO. Anda, Ramona, avía pa el señor el cuarto del espejo. Oye, y pon sábanas. Quedrá usté sábanas, ¿verdá?

LUIS. Naturalmente. (Medio mutis de Ramona.)

ROMUALDO. Va usté á tener una habitación con vistas al corral, que ya las quisieran algunos palacios. ¡Ah!, espera, Ramona. ¿Y cenar? ¿quiere usté?

LUIS. ¡Pues no faltaba más! Unas sopas de ajo, este conejo con tomate, un poco de queso, pan y vino. Pero á escape, porque me estoy cayendo de sueño.

ROMUALDO. Ya lo oyes. (A Ramona.) Toma. (Dándola el conejo.) ¡Y vivo!

(Vase Ramona por la segunda izquierda.)

ESCENA IV

ROMUALDO, LUIS, al fin RAMONA.

ROMUALDO. Por lo visto, el día ha sido mediano, ¿eh?

LUIS. No; mi puntería es la que ha sido mala del todo. Ya ve usted, ¡un conejo en toda la tarde! No valía la pena.

ROMUALDO. ¿Y para eso se ha expuesto usté á un percance?

LUIS. ¿A cuál?

ROMUALDO. ¡Toma! A que le echaran mano y le dieran algún disgusto.

LUIS. ¿Por qué? Tengo licencia.

ROMUALDO. Eso no basta. ¿Dónde ha cazado usté?

LUIS. Como cazar... ya ha visto usted que en ninguna parte; pero he andado por ahí, por todo ese monte á la izquierda de la carretera.

ROMUALDO Justo; en el coto del marqués de Somo-

villa, donde no dejan tirar un tiro ni al *Sursum corda.*

LUIS. ¡Ah! ¿Es del marqués de Somovilla ese coto? Parece muy grande.

ROMUALDO. ¡Ya lo creo! Tiene más de dos leguas en cuadro. ¡Y cómo está de caza! Hierven los conejos, materialmente.

LUIS. Gracias á eso he matado yo uno.

ROMUALDO. Pues si se le ocurre á usté tirar por la derecha se viene con las manos vacías.

LUIS. ¿Por qué?

ROMUALDO. Porque ese monte está más castigao... Dende que se acaba la veda hasta que prencipia otra vez, toos los días viene una patulea que se harta de matar. Se conoce que la duquesa tié muchos amigos.

LUIS. ¿La duquesa?

ROMUALDO. Sí, señor; la duquesa de Bárcena, que es el ama del coto. ¿No la ha oído usté nombrar?

LUIS En mi vida.

ROMUALDO. Pues no para de rodar por los periódicos.

LUIS. Será guapa.

ROMUALDO. No sé; no la conozco. Pero pué que sea una de esas esmirriadas medio tísicas que da lástima verlas. ¡Y que no debe ser desenvuelta que digamos la pobre! Siempre anda de caravana armando comilonas y cacerías por estos andurriales.

LUIS. ¡Hombre! Vendrá con su marido.

ROMUALDO. ¡Ca! Si es soltera. Ahora dicen que se va á casar con el marqués, con el del otro monte.

LUIS. Sí, el dueño del conejo que yo me voy á comer dentro de un rato.

ROMUALDO. Cabal. Dicen que son algo parientes.

El se ha pasao la vida por allá lejos, en Francia ó en Inglaterra, ó yo no sé dónde. Ahora vendrá, se casarán y cada uno volverá á tirar por su lao.

LUIS. De seguro.

ROMUALDO. ¡Qué matrimonios más chuscos los de la grandeza! ¿eh? ¿Esto conviene? Pues esto se hace, y luego... Dios dirá. De modo que en el caso presente no pué decirse que se casan dos personas, sino que se juntan dos cotos.

LUIS. ¡Ja, ja! ¡Qué cosas tiene este Lucero!

RAMONA. (Asomándose por la segunda izquierda.) Ya está aviao el cuarto.

LUIS. Pues allá voy á dejar estos trebejos y á descansar un poco. Ya me avisarán cuando esté la cena, ¿eh?

ROMUALDO. Descuide usté. (Vase Luis segunda izquierda.) ¿Para qué habrá salido de caza este desgraciao?

(Oyense fuertes golpes en la puerta del fondo.)

ESCENA V

ROMUALDO, TOMÁS.

TOMAS. (Dentro.) ¡Lucero! ¡Lucerito del alba! ¿Quiere usté abrir con dos mil demonios? (Más golpes.)

ROMUALDO. (¡Otro huéspede!) Allá voy.

TOMÁS. Aprisa, que me mojo.

ROMUALDO. (Quitando la tranca de la puerta del foro.) Vamos, hombre, que ya se secará usté.

(Abre la puerta. Truenos y relámpagos. Queda la puerta abierta.)

TOMÁS. (Entrando muy angustiado.) Buenas noches. ¡Av!

ROMUALDO. Téngalas usté muy buenas.

TOMÁS. ¡Yo que he de tener, hombre! Si no pienso pasar otra peor en toda mi vida. ¡Uy! ¡Cómo me he puesto! ¡Yo que soy como los chorros del oro materialmente!

ROMUALDO. Pero ¿qué andaba usté haciendo por el monte á estas horas?

TOMÁS. Pues eso es lo malo, que no hacía nada absolutamente... ¿Tengo yo cara de mayordomo? ¡No! ¿verdad? Pues soy el mayordomo de la duquesa de Bárcena, es decir, su dominguillo, su comodín, su... lo que usté quiera. Y yo no he nacido para estos trotes, no, señor. Yo he nacido para magistrado de la Audiencia, ó para zapatero de portal, ó para cualquiera ocupación en que haya que estar sentado todo el día... ¡y mire usted por dónde he venido á parar en todo lo contrario! Porque la duquesa tiene un genio como una pólvora, y cada cinco minutos se le ocurren cien cosas distintas, y las ciento hay que hacerlas en los cinco minutos. ¿Le parece á usté que esto es vida? Pues no, señor, no es vida... Hace ocho días que estamos ahí en la posesión, caza que te caza, es decir, cazando ellos, los señoritos, porque yo no hago más que salir todas las mañanas y seguirlos con el cochecito de las provisiones. Por cierto que ¡bueno se estará poniendo de agua el cochero!

ROMUALDO. ¡Ah! pero ¿está ahí? (Dirigiéndose hacia la puerta.)

TOMÁS. (Deteniéndole.) Sí, pero déjele usté que le saque el jugo al oficio. Hoy se han alejado mucho y nos ha cogido la no-

che á cuatro leguas de la casa, ¿sabe usté? ¡Y qué noche! De pesca, más bien que de caza. Como no era cosa de pasarla en despoblado, los señoritos se han guarecido en la cabaña de un guarda, esperando una clarita, y á mí me ha mandado la señora á decirle á usté que prepare habitaciones si las tiene, que no las tendrá usté, de seguro.

ROMUALDO. ¿Cómo que no? En el parador hay todo lo que se quiera. ¿Cuántos son ustedes?

TOMÁS. Nueve, contando conmigo, con el cochero y con los caballos.

ROMUALDO. Pues todos se acomodarán. Hay aquí cuartos para un regimiento. Y ¿van ustés á cenar?

TOMÁS. No; hemos comido á las siete, en el campo. Por cierto que... oiga usté.

ROMUALDO. ¿Qué hay?

TOMÁS. Yo lo que quiero es dormir bien. Necesito una cama que ni la de la duquesa. Y todavía ha sobrado una botellita de jerez para usté y para mí si me hace usté el favor.

ROMUALDO. Hecho.

TOMÁS. Pues diga usté que abran la puerta del corral para que entre el coche y que pongan pienso para los dos caballos.

ROMUALDO. En seguida. Venga usté conmigo.

TOMÁS. Además necesito secarme, porque mire usté.

ROMUALDO. ¿Qué es eso?

TOMÁS. ¿No ve usté que hemos salido de caza? Pues esto es... que yo también he cogido una liebre.

ROMUALDO. Ahora mismo se quedará usté como una patena. (Vanse segunda izquierda.)

ESCENA VI

La Duquesa, Miss Elena, Yáñez, Fernando, el Doctor

(Todos con elegantes trajes y arreos de caza.)

Música.

Todos. (Dentro.) Siga el avance
con precaución,
que ya á dos pasos
está el mesón;
y entre las breñas
hay que tener
mucho cuidado
con no caer.

(Sigue la orquesta sola hasta que aparecen en la puerta del foro.)

Para nosotros
es el mesón
puerto seguro
de salvación.
Por suerte, abierta
la puerta está.
Vamos adentro
sin vacilar.

(Entran uno tras otro por el orden siguiente: El Doctor, la Duquesa, Fernando, Miss Elena y Yáñez. Avanzan en esta disposición hasta las candilejas, allí forman y se numeran como la tropa.)

Doctor. Uno.
Duquesa. Dos.
Fernando. Tres.
Miss. Cuatro.
Yáñez. Cinco.
Todos. Sale bien la cuenta,
no falta ninguno.
Yáñez. Cinco.
Miss. Cuatro.

FERNANDO. Tres.
DUQUESA. Dos.
DOCTOR. Uno.
TODOS. La noche está tan negra
que al más sereno espíritu
los truenos y relámpagos
le quitan el valor;
y hasta la propia sombra
parece un ser diabólico
que oculto entre los árboles.
acecha al cazador.
Mas no hay peligro
ninguno ya,
y pues la vida
segura está
y una desgracia
no es de temer,
cumplamos todos
nuestro deber.
Veamos si las armas
el agua estropeó.
Un, dos.
Un, dos.

(Examinan las escopetas marcando los tiempos.)

Todo está corriente
nada se mojó.

(Cuelgan simultáneamente las armas en el hombro izquierdo.)

El cazador de raza,
que sabe su papel,
defiende su escopeta
primero que la piel,
y firme y sonriente
resiste un chaparrón
con tal que ni una gota
penetre en el cañón.
De los abismos hondos
á las gargantas lóbregas
el viento con sus ráfagas
empuja sin cesar.

Pero ese mismo riesgo,
de que se sale incólume,
produce en nuestros ánimos
placer particular.
Y pues ahora
no hay que temer,
cumplamos todos
nuestro deber.
Demos unidos
gracias á Dios...
¡y alto y descansen!
Un, dos.
Un, dos.

(Tercian primero y descansan después, marcando los golpes.)

Hablado.

DUQUESA. Pero ¿de veras no hay aquí nadie?
MISS. Señora, estará Tomás por lo menos.
DOCTOR. (Gritando.) ¡Ventero!
FERNANDO. (Idem.) ¡Posadero!
YÁÑEZ. (Idem.) ¡Mesonero!

(Durante el diálogo siguiente los hombres recogen las armas y arreos de las señoras y los colocan sobre algún taburete.)

DUQUESA. Nada, ni un alma.
MISS. Mal servicio.
DUQUESA. ¡Ay, miss! claro está que no lo vamos á pasar como en el Hotel de Roma.
FERNANDO. ¿Ve usted, duquesa? Si hubiéramos salido para la casa cuando yo dije...
YÁÑEZ. Nos hubiéramos ahorrado el remojón y la mala noche.
DUQUESA. Pero, caballeros, ¿quién obliga á ustedes á sacrificarse por mis rarezas? Ahí tienen ustedes el camino.
YÁÑEZ. ¡Duquesa, por Dios!... (¡Apetitoso está el caminito ahora!)
FERNANDO. Pero usted cree... ¡Señora! Soy capaz de seguirla á usted, no á una venta

como la presente, sino á los mismísimos infiernos.

DUQUESA. Tranquilícese usted; no pienso ir allá.

YÁÑEZ. ¡Sacrificio! ¿A esto llama usted sacrificio? Mándeme usted despeñar por uno de esos barrancos y ya me estoy tirando de cabeza.

DUQUESA. ¡Jesús! Yáñez, está visto que los chaparrones no le apagan á usted los fuegos.

FERNANDO. Justamente estoy deseando correr por usted un peligro verdadero y grande. ¡Jugarme la vida, si es preciso!

DUQUESA. ¡Caballeros, por Dios! Que me van ustedes á hacer reir con ese pugilato de obsequios. ¡Ustedes no se acuerdan de que estoy formalmente comprometida! (Siguen hablando bajo.)

DOCTOR. Y á usted, miss, ¿la molesta la aventura?

MISS. Me es igual.

DOCTOR. A usted todo la es igual, desgraciadamente.

MISS. Dormiré bien.

DOCTOR. Así sea. (Y me gusta á mí esta mujer así, sosa y fría... ¡mire usted qué demonio!) (Siguen bajo.)

FERNANDO. Pero Somovilla, por lo visto, no sabe apreciar ese tesoro.

DUQUESA. ¡Cuidado, Fernando! Que me ofende usted al suponer que mi señor primo puede hacerme un desaire.

FERNANDO. Dios me libre. Pero no me negará usted que no demuestra gran interés por conocer á la novia.

DUQUESA. ¡Oh! ya nos conocemos bastante... por escrito. El es hombre práctico. Tiene sus negocios allá en París y Bruselas, y no va á abandonarlos por hacer el cadete.

YÁÑEZ. ¿Y á usted la satisface esa conducta?

DUQUESA. ¡Eso es lo que usted no tiene derecho á saber, amigo Yáñez. Nuestras familias arreglaron esta boda, á condición, naturalmente, de que prestáramos nuestro consentimiento. De modo que cuando él venga...

YÁÑEZ. ¡Ay! cuando él venga debía usted decirle: Apreciable primo.

FERNANDO. Dos puntos.

YÁÑEZ. Aquí está mi mano si te empeñas; pero mi corazón pertenece á otro.

DUQUESA. (Burlándose.) A usted, por ejemplo, ¿verdad?

YÁÑEZ. ¡Ay! no quiero pensarlo para no morirme de gusto. (Salen por la segunda izquierda, primero Ramona con mantel, platos, cubierto, vaso, jarra de vino y pan, y luego Luis.)

ESCENA VII

DICHOS, RAMONA, después LUIS.

DUQUESA. ¡Ah! aquí hay gente de la casa. ¿Y el dueño del parador, muchacha?

RAMONA. Anda por allá dentro con el mayordomo de la señorita. (Empieza á colocar el mantel y la vajilla en la mesa de la derecha.)

DUQUESA. Vamos, entonces todo estará dispuesto. ¿Para quién vas á poner la mesa?

RAMONA. Para otro cazador que también va á pasar aquí la noche. (Sale Luis.)

YÁÑEZ. ¡Otro desgraciado!

LUIS. Para mí, y para ustedes (saluda á todos con inclinación de cabeza), si me hacen el honor de acompañarme.

DUQUESA. Mil gracias. (Luis se sienta en un taburete. Ramona, en cuanto acaba de poner la mesa, cierra

de nuevo la puerta del fondo y vuelve á marcharse por la segunda izquierda.)

DOCTOR. Por lo visto también á usted le ha sorprendido la tormenta en el monte.

LUIS. Sí, señor; me alejé demasiado de la estación del ferrocarril porque no conozco el terreno, y eso me proporciona el placer de que nos alberguemos en la misma posada.

DUQUESA. El placer es nuestro.

MISS. (Aparte al doctor.) Joven simpático.

DOCTOR. (¡Anda, salero!) Sí; sí, señora.

FERNANDO. (Aparte á Yáñez.) Algún abogadillo de Madrid de los que salen á echar una cana al aire.

YÁÑEZ. Más bien parece un comerciante en sedas...

ESCENA VIII

DICHOS, ROMUALDO.

ROMUALDO. Perdóneme la señora duquesa si la he hecho esperar, pero...

DUQUESA. No importa. ¿Está todo listo?

ROMUALDO. Sí, señora. Aquí mismo tienen ustedes sus habitaciones. Espero que no quedará descontenta la señora.

DUQUESA. ¡Ah! ¿son éstas? Pues voy á distribuirlas yo misma. Usted, Yáñez, allí (primera derecha); el doctor en el de al lado (segunda derecha); Fernando, usted allá arriba (escalera) y miss Elena y yo aquí (primera izquierda).

ROMUALDO. Perdone usted; se me había olvidao advertir que ese cuarto está ocupao (primera izquierda).

DUQUESA. ¿Por aquel caballero tal vez? (Por Luis.)

LUIS. No, señora; si así fuera, quedaría á su disposición desde este momento.

DUQUESA. Gracias.

ROMUALDO. Por una pobre mujer á quien he recogido esta tarde en la carretera.

DUQUESA. ¿Una mujer?

ROMUALDO. Una infeliz que iba á pie á Madrid desde Segovia y á quien encontré rendida de debilidad y... vamos, de hambre.

DUQUESA. ¡Jesús!

MISS. ¡Qué horror!

ROMUALDO. Lo peor es que traía un niño de pecho muy malo; tan malo que me paece que se va á morir esta noche.

DUQUESA. ¿Y no han buscado ustedes un médico?

ROMUALDO. Sí, señora; pero no hemos podido encontrarle.

DUQUESA. Pues no se morirá. ¡Ese niño ha tenido suerte! Doctor, ya ha oído usted. En mi nombre haga usted una visita á esa criatura.

DOCTOR. Iba á entrar ahora mismo. (Entrega al posadero los arreos de caza y vase por la primera izquierda.)

ROMUALDO. ¡Cómo! ¿el señor es médico?

DUQUESA. Y de los mejores de Madrid.

ROMUALDO. ¡Cuánto me alegro! ¡Pues sí que ha tenío suerte el chiquillo! (Sale Ramona con una sopera la coloca sobre la mesa y vase.)

ESCENA IX

LA DUQUESA, MISS ELENA, YÁÑEZ, FERNANDO, LUIS, ROMUALDO.

DUQUESA. ¿Ven ustedes? ¡Nos ha traído la Providencia!

ROMUALDO. Si las señoras quieren que lleve los

arreos al cuarto... (Recoge los morrales y las escopetas de la duquesa y miss Elena.)

DUQUESA. Sí; los nuestros allí. (Primera derecha. Romualdo entra con los arreos.)

LUIS. (Disponiéndose á comer.) Señoritas, señores, siento no poder ofrecer á ustedes más que una modesta colación, pero lo hago sinceramente.

DUQUESA. Mil gracias. (Los demás saludan. Durante el diálogo siguiente la duquesa se coloca cerca de la primera izquierda, como si esperara con ansiedad la salida del doctor. Romualdo sale de la primera derecha y recoge los arreos de Yáñez y Fernando; éstos le indican por señas el cuarto de la escalera. Sube, entra, los deja, vuelve á bajar á escena inmediatamente y hasta el final del cuadro sirve el vino á Luis.)

MISS. (Es muy fino ese hombre.)

LUIS. Con permiso de ustedes. (Se sirve y empieza á comer.)

FERNANDO. ¿Usted también ha estado de caza?

LUIS. Sí, señor.

FERNANDO. Y ¿qué tal ha sido el día?

LUIS. Calculen ustedes. No he cazado más que lo que voy á comer. ¡Un conejo!

YÁÑEZ. Poca cosa es.

LUIS. Tengo mucha desgracia. No parece sino que el aire me deshace los perdigones. (Yáñez y Fernando se ríen.) (De modo que por la muerte del infeliz que me van á traer luego no me remuerde la conciencia.

ESCENA X

DICHOS, EL DOCTOR.

DUQUESA. Mala cara trae usted, doctor. ¿Es grave?

DOCTOR. Aquí, donde estamos, sí, señora. ¡Muy grave!

DUQUESA. ¿Qué quiere usted decir?

DOCTOR. Digo que en mitad del monte, en una venta, sin elementos de curación... ese niño se muere al salir el sol, sin remedio. Y quizás antes.

DUQUESA. ¡Cómo! ¿Y usted dice eso? ¡Usted! ¡El doctor Vega! ¡Una celebridad española y casi universal!... ¡Vamos! Para usted no debe haber imposibles.

DOCTOR. Pues los hay, desgraciadamente. La enfermedad hace progresos espantosos, y dentro de siete ú ocho horas habrá vencido.

DUQUESA. ¡Combátala usted!

DOCTOR. Y ¿con qué, señora? ¡Ah! si estuviéramos en Madrid me atrevería á responder de la vida de esa criatura.

DUQUESA. Pero ¿qué es lo que tiene, Dios mío?

DOCTOR. Tiene que las traidoras hebras de la baba le ahogan, se le agarran á los bronquios, le obstruyen los pulmones, le atenazan y le aprietan como invisibles hilos de hierro, y el pobre niño, mal alimentado, extenuado, exánime, no tiene fuerzas para arrojar el estorbo.

DUQUESA. Arránqueselo usted.

DOCTOR. Si pudiera... Pero en este caso apurado no bastan los medios sencillos y corrientes de la farmacopea; hace falta uno

de acción rápida, enérgica y vigorosa.

DUQUESA. ¿Le hay?

DOCTOR. No conozco más que uno: el licor de Reims, que es inútil buscar en las farmacias de los pueblos.

DUQUESA. ¿Y no tiene usted ahí ningún frasco?

DOCTOR. ¡Señora! Un médico no puede salir de caza llevando encima todos los específicos.

DUQUESA. Pero ¿en Madrid se encuentra?

DOCTOR. Ya lo creo. Le he usado mucho; siempre en situaciones desesperadas, y siempre con resultados maravillosos.

DUQUESA. (Sencillamente.) Pues que vayan por él.

DOCTOR. ¡Cómo! Señora... eso es punto menos que imposible.

DUQUESA. Para usted habrá imposibles. ¡Para la duquesa de Bárcena no los ha habido nunca!

MISS. ¡Oh! nunca.

(Sale Ramona con la fuente del guisado, que coloca sobre la mesa. Retira la sopera y vase.)

DOCTOR. Pero si á Madrid hay nueve leguas y no podemos esperar más que hasta el amanecer, ¿cómo quiere usted que...

DUQUESA. ¡Diez y ocho leguas en seis horas! ¿Y qué es eso? A ver (Al posadero, que no se mueve), que preparen uno de los caballos del tiro y que le revienten si es necesario.

DOCTOR. Es que, además del caballo, hará falta reventar á un hombre.

DUQUESA. ¿Un hombre? Irá Tomás, el mayordomo. Pero no, ¡si Tomás no ha montado en su vida! No volvería en tres semanas.

DOCTOR. ¿Ve usted?

DUQUESA. ¡Reventar á un hombre!

DOCTOR. O poco menos.

DUQUESA. No será tanto. Pero aunque lo fuera,

¿cree usted que me había de faltar un hombre para el sacrificio? ¡Yáñez! ¡Fernando! Ya lo oyen ustedes. Necesito un frasco de ese medicamento antes de que amanezca.

YÁÑEZ. Duquesa, piense usted...

FERNANDO. Por Dios, María, eso es una locura.

DUQUESA. ¡Cómo! ¿Y son ustedes los que me quieren, y me admiran, y me respetan como á una diosa? ¿los que por el menor capricho mío perderían la vida? ¡Pues aquí no se trata de arriesgarla siquiera!

YÁÑEZ. Pero es que... la noche está cruel... ¡Llueve á mares!... Y yo... ¡yo no sé el camino!

FERNANDO. ¡Ni yo!

DUQUESA. ¿Tendrán ustedes miedo?

YÁÑEZ. ¿Miedo yo? ¡Duquesa!...

DUQUESA. Pues bien, sépase que el que realice ese pequeño esfuerzo será mi mejor, mi único amigo... (Pausa. Los observa atentamente. Ellos no se mueven), objeto siempre de mi admiración y de mi aprecio... (El mismo juego. Más insinuante.) El preferido en todo y para todo... (Otra pausa. Exaltándose.) ¿Se duda todavía? Pues bien, ofrezco más... ¡Un beso!

MISS. ¡Jesús!

DUQUESA. ¡Doy un beso por un frasco de licor de Reims!

YÁÑEZ. Se acabó. Estoy resuelto... ¡Yo iré! (Transición brusca.) Es decir, yo iría... si no comprendiera que es inútil. No hay tiempo. Piense usted, María, que no hay tiempo...

DUQUESA. Basta. Eso no se discute. Doctor, á velar al enfermo.

DOCTOR. (La verdad es que esta mujer tiene rarezas muy hermosas.) (Vase primera izquierda.)

DUQUESA. Miss, vamos adentro. (Ambas se dirigen á la primera derecha, y al llegar á la puerta se detiene, se vuelve y exclama:) Y ustedes ya lo saben, señores. ¡Un beso de la de Bárcena por ese frasco! (Entra.)

MISS. ¡Oh! ¡Qué disparate! (Entra también y cierra la puerta)

ESCENA XI

YÁÑEZ, FERNANDO, LUIS, ROMUALDO.

ROMUALDO. (A Luis.) ¿Ha oído usted? ¡Está loca!

LUIS. Pero con una locura casi sublime que usted no es capaz de comprender, amigo Lucero. Echeme usted más vino. (Continúa comiendo.)

YÁÑEZ. ¿Y qué se hace ahora?

FERNANDO. No sé. La verdad es que estamos en un compromiso. Porque aparte de que el premio es apetitoso...

YÁÑEZ. ¡Y tan apetitoso! Aquella boca tan fresca...

FERNANDO. Y aquellos labios tan húmedos...

YÁÑEZ. Y tan encarnados...

FERNANDO. Pero ¡caramba! una tempestad en la sierra...

YÁÑEZ. Y una caminata echando los bofes...

FERNANDO. ¡Y que hasta puede que haya lobos!

YÁÑEZ. Posadero, ¿hay por aquí lobos?

ROMUALDO. ¡Quiá! no, señor; no hay más que conejos.

YÁÑEZ. ¿Y hacen daño de noche los conejos?

LUIS. ¡Caramba! no me asuste usted, que estoy comiendo uno.

YÁÑEZ. Hombre, no digo eso.

FERNANDO. ¡Ea, yo me decido! (Á Romualdo.) ¡Déme usted un paraguas!

ROMUALDO. ¿Va á usted á salir?

FERNANDO. Sí, señor; voy á Madrid y vuelvo en seguida.

ROMUALDO. Pues para eso mejor será un impermeable.

YÁÑEZ. ¡Ah! pero ¿tiene usted impermeable? Entonces voy yo. (Romualdo descuelga el impermeable.)

FERNANDO. No señor, voy yo.

YÁÑEZ. ¿Á que ahora vamos á tener que echar suertes?

ROMUALDO. Aquí está. (Se lo entrega á Fernando.)

FERNANDO. ¡Caramba y cómo pesa esto! ¡Cualquiera lo tiene encima seis horas!

YÁÑEZ. ¡Qué! ¿no te atreves?

FERNANDO. Si siquiera fuéramos juntos...

YÁÑEZ. No puede ser, porque el beso no es más que uno.

FERNANDO. Es verdad. Pues... ¿sabes lo que te digo?

YÁÑEZ. ¿Qué?

FERNANDO. Que lo he pensado mejor y que lo perdono.

YÁÑEZ. Pues venga eso. (Coge el impermeable.) Hágame usted el favor de abrir la puerta á ver si ha escampado. (Vase con Romualdo á abrir la puerta del foro.)

FERNANDO. (¡Nada, y se va! No, pues eso sí que no me hace gracia. ¡Desbancarme por una tontería!)

(Se abre la puerta. Brilla un relámpago y suena un trueno formidable.)

YÁÑEZ. ¡Canario! (Retirándose precipitadamente.) ¡Vaya un recadito de atención! ¡Cierre usted! ¡Cierre usted en seguida, no sea que nos parta un rayo! (Romualdo tranca de nuevo la puerta.)

ROMUALDO. Algunos caerán en el monte esta noche.

YÁÑEZ. ¿Sí? ¿Usted cree que caerán algunos? Toma eso.

FERNANDO. (Rechazando el impermeable.) ¡Gracias! Póntelo tú si quieres.

YÁÑEZ. Pues aquí se queda. (Vuelve á colgarlo en la escarpia.)

FERNANDO. ¡Hola! ¿te has asustado?

YÁÑEZ. ¿Asustarme yo? Ahora verás. ¡Posadero, diga usted al mayordomo que nos suba al cuarto un par de botellas! (Empieza á subir por la escalera.)

FERNANDO. (Siguiéndole.) ¡Ah! Piensas...

YÁÑEZ. Pienso que en cuanto se me quite la debilidad salgo al galope. (Entra en el cuarto.)

FERNANDO. ¿Sí, eh? ¡Veremos quién sale! (Vase también.)

ROMUALDO. Me parece que no va ninguno de los dos.

LUIS. Puede que sí. ¡Les han excitado el amor propio!

ROMUALDO. ¡Dios lo quiera, porque mire usted que sería una lástima! ¡Ah! ¡Si yo tuviera veinte años menos!..

LUIS. Ande usted, ande usted á dar el recado al mayordomo.

ROMUALDO. ¡Hombre! se me ha ocurrido una idea.

LUIS. ¡Ah! pero ¿usted tiene ideas?

ROMUALDO. ¡Y que ésta es superior!

ESCENA XII

LUIS, ROMUALDO, TOMÁS.

TOMÁS. ¿Se han recogido ya los señores?

ROMUALDO. Ahora mismo.

TOMÁS. Entonces, gracias á Dios, puedo ir á acostarme. Buenas noches. (Se dirige á la segunda izquierda.)

ROMUALDO. ¡Chist! ¡Eh! (Ap. á Luis.) Verá usté mi idea. (Alto á Tomás.) Oiga usté, buen amigo, que la señora duquesa ha dejao un encargo pa usté.

TOMÁS. ¿Para mí? ¡Á estas horas!

ROMUALDO. Sí, y muy urgente. Que disponga usté de cualquier modo uno de los caballos del coche y vaya usté á Madrid inmediatamente.

TOMÁS. Eso será una broma, ¿Verdad? ¡Yo! ¡A Madrid! ¿Ahora? ¡Ay! eso es lo mismo que matarme.

ROMUALDO. Pues usté verá.

TOMÁS. Pero ¿y á qué?

ROMUALDO. A comprar en una de las mejores boticas un frasco de... (Á Luis.) ¿De qué ha dicho?

LUIS. De licor de Reims.

ROMUALDO. Eso, de licor de Reims, y que vuelva usté echando lumbres antes de salir el sol.

TOMÁS. ¿Yo? ¿A caballo? ¡Diez y ocho leguas! (Aturdido.) ¡Pero si no puede ser! ¡Vaya una manía!

ROMUALDO. (Aparte á Luis.) ¿Ve usté? Lo que no se hace por gusto se hará por obligación y el chiquillo se salva.

TOMÁS. (Paseando agitadamente por la escena y haciendo aspavientos.) ¡Y estoy reventado!... El licor de Reims, orden de la señora... Á Madrid con esta tormenta... ¡Ay! esto sería dejar huérfanos á mis hijos, si los tuviera... (Suplicando.) Amigo posadero... (Á Luis.) Caballero... ¡No hay quien me socorra!

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Telón corto de monte.—Es de noche.—Llueve.

ESCENA ÚNICA

Música.

(Al terminar la orquesta sale por la derecha Tomás, á caballo, sosteniéndose con dificultad y haciendo una facha ridícula. Trae un paraguas encarnado enorme, que se le bambolea. El caballo no tiene más aparejo que una manta sujeta por la cincha.)

TOMÁS. ¡Alto! ¡alto! Soooo... Me parece que se le ha aflojado la cincha... (Apeándose.) Pero, señor, si yo no he nacido para esto. Si para mí poner bien una albarda es más difícil que hacer la catedral de Burgos. ¡Maldito paraguas! El caso es que si lo suelto me mojo y me lo lleva el aire, y si no lo suelto no aprieto la cuerda... ¡Dios mío! ¿Se habrá visto alguna vez algún hombre honrado en compromiso semejante? ¡Aquí quisiera yo ver al presidente del Consejo de ministros, á ver lo que hacía! ¡Sooo!... Gracias á que el caballo me ha conocido y se ve que me tiene compasión. ¡Qué paso traemos! Yo creo que no hemos andado un cuarto de legua, y á todo tirar faltará una hora para amanecer... ¿Cómo voy á llevar yo el frasco ese del Rin, ó del Rís, ó como se diga,

si no llego á Madrid lo menos hasta el año que viene? Verdad es que me empeñé en descabezar un sueño á ver si se pasaba la tormenta entre tanto, y por poco salgo á la hora en que debía estar de vuelta. ¡No! Y bien mirado, no he debido salir. He debido hablar á la señora, convencerla, suplicarla, y hasta ponerme así de rodillas si era necesario (Se arrodilla delante del caballo) y decirla (Dirigiéndose á la cabalgadura): ¡Señora duquesa! ¡Por Dios, que yo no he montado en mi vida! ¡que me voy á apear por las orejas! ¡que me voy á perder en el camino! ¡que los caballos suelen ser muy animales, y á lo mejor la emprenden con uno á mordiscos y á coces!... ¡Anda, salero! ¡Pues no se lo estoy diciendo á él mismo para que se ofenda!... (Levantándose precipitadamente.) ¿Estaré yo aturdido? ¡Y cómo me he puesto los pantalones! Aunque para lo que va á durar lo que tienen dentro... ¡Sooo!... Vamos, arriba. A la una, á las dos, á las... (Al intentar montar se le cae el paraguas por el lado contrario. Gesto de desesperación y pausa, durante la cual no sabe qué hacer. Por fin recoge el paraguas y lo cuelga de las riendas.) Haz el favor, caballo. (Monta trabajosamente.) Quieto, Jazmín, quieto. (Una vez arriba, coge el paraguas, que pende del rendaje.) Gracias. (Lo abre de nuevo.) Así me gusta. Eres una buena persona. ¡Ea, anda si quieres! ¡Dios mío! ¡Ten compasión de este desdichado mayordomo, que no va á llegar nunca! (Vase por la izquierda.)

MUTACIÓN

CUADRO TERCERO

La misma decoración del primero. Han desaparecido los faroles y la mesa está limpia. El impermeable sigue colgado en la escarpia. Está amaneciendo y la claridad del día penetra por la puerta del foro, abierta de par en par.

ESCENA I

RAMONA, LA DUQUESA.

RAMONA. (Llamando en la primera derecha.) ¡Señora! ¡Señora! ¿A qué ahora se ha dormido? ¡Señora!

DUQUESA. (Saliendo.) ¿Qué ocurre?

RAMONA. (Presentándola uu frasco chiquito con su correspondiente envoltura.) El frasco.

DUQUESA. (Con mucha alegría.) ¡Cómo! ¿Lo han traído? ¡Ya sabía yo que triunfaría por el afán del premio!... ¿Quién te lo ha dado para mí? (Muy emocionada.)

RAMONA. Damián. (Asombro de la Duquesa.)

DUQUESA. ¿Quién es Damián?

RAMONA. El mozo de cuadra del mesón.

DUQUESA. ¡Jesús me valga!

ESCENA II

DICHAS, UN ARRIERO (por el foro, con una bota). Luego el DOCTOR.

ARRIERO. ¡Ramona! (Ramona se dirige hacia él.)

DUQUESA. (Intentando detenerla.) Escucha.

ARRIERO. Vamos, vivo, que tengo prisa.

RAMONA. En seguida vuelvo, señora.

DUQUESA. (¡Damián!)

ARRIERO. Anda, échame cinco cuartillos; pero de lo bueno, ¿eh? (Ramona coge la bota, vase por la segunda izquierda y vuelve con la bota llena cuando lo marca el diálogo.)

DUQUESA. En fin, lo importante es que lleguemos á tiempo. ¡Doctor! (Llamando con prisa en la primera izquierda.)

DOCTOR. (Abriendo la puerta.) ¡Señora! ¿Usted?

DUQUESA. ¿Y el niño? (Con mucha ansiedad.) ¿Vive?

DOCTOR. Sí, señora; pero...

DUQUESA. ¡Basta! Ahí está el frasco. Corra usted.

DOCTOR. ¡Calle! (Tomando el frasco.) ¡El licor de Reims! ¡Lo han traído! Hé ahí una boca que hace milagros.

DUQUESA. ¿Hará efecto todavía?

DOCTOR. No lo puedo jurar; pero probaremos.

DUQUESA. ¿Tardaremos mucho en saberlo?

DOCTOR. Casi nada. La acción es inmediata.

DUQUESA. Pues ande usted. (Empujándole hacia dentro.)

DOCTOR. ¡Bendita sea usted, señora! (Se retira. La duquesa queda á la puerta mirando hacia el interior del cuarto con ansia creciente.)

ARRIERO. Bueno, de modo que son cinco cuartillos y el bacalao con patatas de anoche. Total...

RAMONA. Yo no entiendo de cuentas.

ARRIERO. Con que me digas lo del bacalao, la echo yo en seguída.

DUQUESA. ¡Doctor!

DOCTOR. (Dentro.) ¡Calma, señora, calma!

ARRIERO. Justo, nueve reales. (Se deslía la faja, saca la bolsa, cuenta el dinero y se lo entrega á Ramona. Todo muy despacio.) Como esos.

DUQUESA. ¡Doctor!

DOCTOR. (Dentro.) Sí, señora, sí. Hemos llegado á tiempo.

DUQUESA. ¿Se salvará?

DOCTOR. (Dentro.) Respondo de su vida.

DUQUESA. ¡Gracias, Dios mío, gracias! ¡Ay, este placer es verdaderamente divino!... (Transición brusca.) Pero... ¡Damián! (Vase el arriero. Ramona se acerca á la duquesa.)

ESCENA III

LA DUQUESA, RAMONA.

RAMONA. Preguntaba usted, señora...

DUQUESA. Ven acá, díme: ¿quién ha mandado al mozo de cuadra que fuera á Madrid esta noche?

RAMONA. ¿A Madrid? ¡Si Damián no se ha movido del parador! Tiene que echar el pienso á las caballerías.

DUQUESA. ¡Ay! Respiro. Pues ¿quién le ha dado ese frasco?

RAMONA. Verá usted. Esta madrugada, cuando abría las puertas del corral para que salieran los carros, llegó un hombre á caballo que venía á carrera tendida, se apeó y le dijo: «Anda, corre, entrega á escape ese frasco á la señora duquesa». Él me lo dió á mí y...

DUQUESA. ¿Y quién era ese hombre?

RAMONA. Pues... uno. Damián no me ha dicho más que eso, que era uno.

DUQUESA. Que venga Damián.

RAMONA. ¡Anda! Ya estará á media legua de aquí.

DUQUESA. ¿Se ha ido?

RAMONA. Sí, señora; se ha ido al pueblo á traerme cuatro docenas de huevos que se le olvidaron ayer por la tarde. (Vase Ramona.)

DUQUESA. ¿Quién habrá sido? ¿Quién será ese misterioso desinteresado que no tiene prisa por .. ¡Bah! Él se presentará, y pronto, por la cuenta que le tiene. (Aparecen en el rellano de la escalera Yáñez y Fernando.) ¡Ah! Uno de éstos sin duda.

ESCENA IV

LA DUQUESA, FERNANDO, YÁÑEZ.

YÁÑEZ. Mucho ha madrugado usted, duquesa.
FERNANDO. (Bajando.) No ha salido el sol todavía.
YÁÑEZ. (Idem.) Pero ha salido ella, que es mejor.
DUQUESA. ¡Vengan ustedes acá! ¡Se ha salvado el niño! (Observándolos atentamente.)
FERNANDO. ¿Sí? ¡Qué felicidad! ¿Sin el licor maravilloso?
DUQUESA. Con el licor.
YÁÑEZ. ¡Cómo! ¿Llegó á tiempo el frasco?
DUQUESA. Sí (Observando á Yáñez.), llegó á tiempo. (No ha sido ninguno de éstos, á Dios gracias.)
YÁÑEZ. Me lo figuraba.
FERNANDO. (¿A que me la ha pegado éste? Yo me quedé dormido en seguida, y es posible...)
YÁÑEZ. De modo que lo prometido...
DUQUESA. Sí, lo prometido... es deuda.

ESCENA V

DICHOS, TOMÁS.

TOMÁS. Cuando la señora disponga.
DUQUESA. Espera un poco. Antes es necesario salir de dudas. Tomás, puesto que estos

señores no hablan claro, haz el favor de preguntar por todo el parador quién es el que ha ido esta noche á Madrid por un medicamento.

TOMÁS. ¡Ah! Pero... ¿no lo sabe la señora?

DUQUESA. Si lo supiera no lo preguntaría.

TOMÁS. Pues... ¿quién había de ir?

DUQUESA. Pero, ¿tú lo sabes?

TOMÁS. ¡Claro! He ido yo.

DUQUESA. ¡Tú!

YÁÑEZ. (Riéndose á carcajadas.) ¡El criado! Es chistoso el lance.

FERNANDO. (Idem.) ¡Vaya un compromiso!

DUQUESA. Pero, Tomás, ¿de veras eres tú el que ha ido?

TOMÁS. ¿Y por qué había de mentir? En cuanto el posadero me dijo lo que deseaba la señora, monté á caballo, y... (Yáñez y Fernando siguen riéndose.)

DUQUESA. Basta. ¡No se rían ustedes! ¡Los duques de Bárcena han cumplido siempre su palabra, fuese la que fuese! Acércate, Tomás. (Tomás adelanta algunos pasos.)

FERNANDO. (Pero ¿va á besar á ese gaznápiro?)

TOMÁS. Mande la señora.

DUQUESA. Más, más cerca.

TOMÁS. (Con miedo.) (¿Habré hecho algún disparate?) No, si desde aquí oigo divinamente.

DUQUESA. No se trata de oir, hombre; acércate más. (Tomás adelanta un paso.) Más. (Otro paso.)

TOMÁS. ¿Más todavía?

DUQUESA. ¡Pues claro! ¿Cómo quieres que á esa distancia... Ven, voy á darte un beso. (Tomás da un salto atrás y queda haciendo todas las contorsiones y jeribeques de asombro que al actor se le ocurran.) ¿Qué te pasa, hombre?

TOMÁS. Nada que... que la señora se burla.

DUQUESA. ¿Por qué he de burlarme? ¿O es que tú no quieres?

TOMÁS. ¿Que no quiero? ¡Pues no he de querer! ¡Ni que fuera tonto! (¡Vaya unas bromitas, hombre!)

FERNANDO. (¡Y se relame el bárbaro!)

YÁÑEZ. (Que es lo que haría cualquier hijo de vecino.)

DUQUESA. ¿En qué quedamos?

TOMÁS. En que... la verdad... tengo miedo de propasarme.

DUQUESA. (Con satisfacción.) ¿Y renuncias al premio por haber traído el frasco?

TOMÁS. ¿Qué frasco? ¡Si yo no he traído ningún frasco, señora!

DUQUESA. (Alarmada otra vez.) Pues entonces, ¿á qué has ido á Madrid?

TOMÁS. ¡Si yo no he ido á Madrid tampoco, ni muchísimo menos!

DUQUESA. Pues ¿qué ha pasado?

TOMÁS. Muy sencillo. Cuando el posadero me dijo lo que quería la señora, eché una manta á un caballo y salí por la carretera adelante...

DUQUESA. Adelante. (Con impaciencia.)

TOMÁS. Sí, adelante. (Con mucha calma.) Bueno; pero como yo no sé montar y además corría una ventisca y caía un aguacero que parecía que todo se desgajaba, pues... resultó que á las dos ó tres horas no había andado más que media legua. Además, estaba muerto de frío, calado hasta los huesos y... creo que he pescado una pulmonía.

DUQUESA. No importa. Sigue.

TOMÁS. ¡Ah! ¿No importa la pulmonía? Bien. Pues á pesar de eso seguía, seguía... por obedecer á la señora duquesa, aunque ya estaba seguro de no llegar á

tiempo, cuando en esto veo venir en dirección contraria, corriendo como una centella, ¿á quién dirá la señora duquesa?

DUQUESA. ¿A quién?

TOMÁS. Al otro caballo del tiro, al Brillante, lleno de espuma, echando sangre por la boca y medio reventado...

DUQUESA. ¿Quién lo montaba?

TOMÁS. Pues lo montaba... un hombre, que en cuanto me vió paró en firme y me dijo: —¿Eres tú el mayordomo de la duquesa de Bárcena? Así, tuteándome y todo. —Sí, señor, le dije.—¿Traes descansado el caballo?—Más que yo.—Pues venga y vuélvete al parador con éste; no importa que tardes. Y quieras que no, me hizo apear, montó en mi jaca y salió de estampía. Yo subí en el pobre Brillante, que ha llegado con mucho trabajo y hecho una lástima; le he dado unas friegas con aguardiente, le he arropado con unas mantas, y allí está tendido en la cuadra esperando las órdenes de la señora duquesa.

DUQUESA. Pero ¿no sabes quién era el que cambió contigo de caballo? ¿No le conociste?

TOMÁS. ¿Y cómo le había de conocer, si el campo estaba negro como una cueva y además tenía echada la capucha del impermeable?

DUQUESA. Pues señor, es decir que la confusión va á ser eterna.

TOMÁS. De modo que aquello del beso...

DUQUESA. ¡Silencio! Fué una broma.

TOMÁS. (¡Si ya decía yo! Pues el sabor de boca no se me quita en un par de meses.) (Se retira á segundo término.)

YÁÑEZ. (Adelantándose muy decidido.) Duquesa, no

se moleste usted en hacer más averiguaciones. El que ha ido á Madrid... ¡he sido yo!

DUQUESA. ¿Usted? ¡Ja, ja, ja! ¡Y se lo tenía tan callado!

YÁÑEZ. Por galantería, señora. Temía hacer á usted violencia delante de gente.

DUQUESA. ¡Ah! no; permita usted que dude.

YÁÑEZ. ¡Cómo! Una duquesa de Bárcena cumple siempre...

DUQUESA. ¡Sí, siempre! Y si, en efecto, ha sido usted... (Era preferible Damián.) (Yáñez avanza contoneándose muy satisfecho.)

FERNANDO. (Me la ha pegado.)

DUQUESA. (Deteniéndole.) Espere usted. Antes tenemos que ajustar una cuenta. ¿Cuánto le ha costado á usted el frasco?

YÁÑEZ. ¡Señora, por Dios! Eso no vale la pena...

DUQUESA. Dígalo usted.

YÁÑEZ. ¡Caramba! Eso es ofenderme. No hablemos de eso. (Presenta cómicamente la mejilla para que ella le bese.)

DUQUESA. (Rechazándole suavemente.) Si no es para pagárselo á usted. Es... para buscar una prueba.

YAÑEZ. ¡Ah! ¿Es una prueba? Pues... (Vacilando) me ha costado... ¡un duro!

DUQUESA. ¿Un duro? ¡Doctor! (Acercándose á la primera izquierda.)

DOCTOR. (Dentro.) Señora...

DUQUESA. Hágame el favor del licor de Reims por un momento. (Sale el doctor y presenta el frasco.)

ESCENA VI

Dichos, EL DOCTOR, después LUIS, luego DAMIÁN.

DOCTOR. Aquí está. ¿Pareció el del beso?

DUQUESA. No; le estamos buscando. (Después de leer la etiqueta del frasco.) Vea usted, Yáñez. Un franco veinticinco. ¡Le han engañado á usted!

YÁÑEZ. Sí; pero... los cambios...

DUQUESA. Espere usted. El boticario español ha puesto aquí el precio en pesetas. Dos cincuenta. Ya ve usted que no se ha quedado corto, y sin embargo...

YÁÑEZ. Pues yo juro á usted...

DUQUESA. (Secamente.) ¡Basta! Ha apelado usted á un recurso indigno de un caballero.

FERNANDO. (¡Chúpate esa!)

LUIS. (Saliendo por la segunda izquierda con los arreos de caza.) ¡Muchacha! ¡Posadero! ¿No hay nadie de la casa? (Viendo á los demás.) ¡Ah! Buenos días.

(Todos saludan. Entra por la puerta del fondo Damián, con una canasta al hombro, canasta que deja sobre la mesa.)

DAMIAN. Aquí hay uno. ¡Más á tiempo! ¿Qué se le ofrece á usted?

LUIS. Que pidas mi cuenta; pero á escape, que tengo prisa. (Se coloca junto á la puerta del foro, de espaldas al público, mirando hacia el campo, Damián se dirige á la segunda izquierda y la duquesa le detiene.)

DUQUESA. ¡Ah! Éste debe ser Damián. ¡Mozo! Con permiso de ese caballero (Luis se vuelve y saluda.)

DAMIÁN. Mándeme la señora. (Acercándose.)

DUQUESA. ¿Usted es del parador?

DAMIÁN. Sí, señora, mozo de cuadra, para servir á los señores.

FERNANDO. Gracias

DUQUESA. ¿Ha salido usted poco antes de amanecer á hacer un encargo al pueblo?

DAMIÁN. Ahí lo traigo. (Señalando á la canasta.)

DUQUESA. Y al salir ¿ha encontrado usted un hombre que venía á caballo y que traía un frasco para mí?

DAMIÁN. Sí, señora, y se lo di á Ramona.

DUQUESA. ¿Conoceria usted á aquel hombre?

DAMIÁN. ¡Ya lo creo! Como que ya era casi de día y yo mismo le recogí el impermeable.

DUQUESA. ¿Está aquí?

DAMIÁN. ¿El impermeable? ¡Allí lo tiene usted!

DUQUESA. No; digo el hombre.

DAMIÁN. ¡Ah! Sí, señora.

DUQUESA. ¿Cuál es?

DAMIÁN. (Señalando á Luis.) Aquel señor.

DUQUESA. ¡Cómo! ¡El desconocido! (Vase Damián.)

LUIS. (Adelantándose un poco, con respeto.) Efectivamente. (Pausa larga.)

DUQUESA. (Emocionada.) Caballero... el caso es tan raro que... comprenderá usted que no sepa qué decirle

LUIS. Ni tampoco son necesarias las explicaciones, puesto que yo conozco lo prometido y... (Avanza algunos pasos mirándola con ansia. De pronto se detiene, desanda lo andado y prosigue.) ¡Señorita, perdóneme usted, pero no... no me atrevo!

DUQUESA. ¡Cómo!

LUIS Sería tanta la dicha de un instante y tan amargo el pesar de no retenerla, que... vamos, prefiero no gustarla.

FERNANDO. (¡Es un imbécil!)

DUQUESA. Y yo estimo en lo que vale ese rasgo

de delicadeza, que me salva de una situación difícil.. (¡Un cualquiera despreciar así mi primer beso! ¡No sé si agradecérselo ú odiarle!)

LUIS. Además, señorita, yo no he hecho lo que he hecho por la esperanza de la recompensa, sino porque ese niño se moría (Con mucha naturalidad), y cuando un niño se muere... todos los hombres de corazón sano y de buena voluntad deben plantarse en el camino de la muerte para disputárselo á la tumba.

DUQUESA. (Conmovida.) (¡Ah! ¡Es todo un hombre!) (Alto.) Es verdad.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, MISS ELENA, después ROMUALDO.

MISS. ¿Nos vamos ya, señora?

DUQUESA. En seguida, miss.

MISS. (¡Oh! Me alegro. Nos hemos hecho amigas del joven simpático.)

ROMUALDO. (Saliendo segundo izquierda.) ¿Quién pedía la cuenta?

DUQUESA. Todos.

LUIS. No; yo solo. La de todos es mía.

DOCTOR. ¡Cómo! No consentimos...

LUIS. Sí; tengo derecho á convidar á ustedes.

DUQUESA. ¡Derecho!

LUIS. Cabal. Sépalo usted (Adelantándose de nuevo hacia la duquesa), no he querido recibir el beso de usted porque... ¡porque no me hace falta!

DUQUESA. ¿Eh? ¿Cómo?

MISS. ¡Grosería!

DOCTOR. ¡Qué insolencia!

LUIS. Ó mejor dicho, no me corre prisa. Porque... ¡me dará usted tantos!

DUQUESA. ¡Me insulta! ¡Está loco! (Á los otros.) ¡Caballeros! (El doctor, Yáñez y Fernando se precipitan hacia Luis en actitud agresiva.)

DOCTOR. ¿Qué ha dicho usted?

FERNANDO. ¡Una explicación!

YÁÑEZ. ¡Una retractación!

LUIS. (Con mucha tranquilidad.) ¡Calma, señores! Me explicaré en cuatro palabras. Me llamo Luis de Lara, marqués de Somovilla.

DUQUESA. ¡Mi primo! (Con alegría.)

YÁÑEZ. (¡Cuerno!)

LUIS. (Cogiéndola la mano cariñosamente.) Tu primo... y tu esposo dentro de pocos días, si no te opones.

DUQUESA. ¡Oponerme! Ahora menos que nunca. ¿Por qué no te has presentado antes?

LUIS. Porque tenía de ti ciertas noticias falsas que quería rectificar personalmente.

DUQUESA. ¿Noticias?

LUIS. Sí; me habían dicho que... (Mirando intencionadamente á Romualdo) que valías mucho, y veo que vales más de lo que me habían dicho.)

FERNANDO. (Amigo Yáñez, no se puede negar que nos hemos lucido.

YÁÑEZ. (¡Por algo quería yo ir á comprar el frasco!)

LUIS. Doctor, gracias á usted he conocido á la que será mi esposa. Desde hoy somos amigos.

DOCTOR. Acepto el honor.

LUIS. Y conste (Á Romualdo), amigo Lucero, que ahora no se juntan dos cotos, sino que se casan dos personas.

ROMUALDO. Señor marqués, yo no he dicho...

DUQUESA. Pero mi beso no se puede quedar en el aire. Se lo daré, en nombre de los dos, á ese niño á quien hemos salvado la vida.

Música.

TELÓN

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Las modistillas, sainete en un acto y en verso.

El grillo, periódico semanal, ídem ídem ídem.

La gente menuda, ídem ídem ídem.

El baile de máscaras, ídem ídem ídem.

Somatén, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Caballero.

La señá condesa, juguete cómico en un acto y en verso.

La puerta del infierno, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Jiménez.

La moral casera, comedia en dos actos y en verso.

La lavandera, sainete en un acto y en verso.

Lucifer, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Brull.

La obra, juguete cómico en un acto y en verso.

El gran mundo, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Brull.

Paca la pantalonera, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Brull.

La revista nueva ó la tienda de comestibles, sátira en un acto, en prosa y verso, música de los maestros Chueca y Valverde.

La clase baja, revista en un acto y en verso, en colaboración con don José López Silva, música del maestro Brull.

La baraja francesa, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Valverde.

La república de Chamba, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Jiménez.

Los pájaros fritos, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Valverde.

La casa encantada, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Caballero.

El toque de rancho, zarzuela en un acto y en verso, música de los maestros Marqués y Estellés.

El ordinario de Villamojada, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Valverde, hijo.

El murciélago alevoso, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Luis Ansorena, música del maestro Estellés.

El ama de llaves, juguete cómico en un acto y en verso.

La procesión cívica, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor, música del maestro Marqués.

Los mineros, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Torregrosa.

El aquelarre, zarzuela de espectáculo en un acto y en prosa, música del maestro Marqués.

Los inocentes, revista en un acto, en prosa y verso, en colaboración con D. José López Silva, música del maestro Estellés.

La madre abadesa, boceto lírico en un acto y en prosa, música del maestro Torregrosa.

La zarzuela nueva, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Torregrosa.

La vacante de Cañete, sainete en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor.

Los altos hornos, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Lope.

El beso de la duquesa, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Chapí.